

Julio C. da Rosa recordado por amigos y editores

Andrés Echevarría

Julio C. da Rosa recordado por José María Obaldía

Julio César da Rosa nació el 9 de febrero de 1920 en Costas de Porongos, 2.^{da} Sección del departamento de Treinta y Tres, fue el mayor de ocho hermanos de una familia numerosa. La estancia que lo vio nacer había pertenecido a su bisabuelo Cristino da Rosa, hermano de Pulpicia, quien a su vez fue madre de Aparicio Saravia. Ese fue su vínculo sanguíneo con el caudillo blanco.

Su infancia y adolescencia transcurrieron entre la zona rural y la capital departamental —a los 13 años debe continuar sus estudios ahí—, hasta que en 1939 se radica en Montevideo para cursar la carrera de abogacía. Con la publicación en 1952 de *Cuesta arriba*, se inicia la trayectoria de un narrador que repasa la geografía natal con sus personajes y costumbres. La propuesta se vincula a la literatura criollista que tiene como antecedentes —entre otros— a Acevedo Díaz, Javier de Viana, y más próximos a los fundamentales Juan José Morosoli y Paco Espínola.

Obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1977, el Gran Premio Municipal de Literatura José Enrique Rodó en 1982 y el Gran Premio Nacional a la Labor Intelectual en 1999. Publicó los primeros libros con la revista *Asir*; y en la editorial Banda Oriental algunos de sus títulos más importantes. Estuvo vinculado al Colegio José Pedro Varela —donde llegó a ser presidente del consejo directivo—; fue director de la emisora radial CX32; gerente de la Asociación Nacional de Broadcasters Uruguayos (ANDEBU), desde 1948 hasta 1962; diputado por el Partido Colorado en la década del sesenta y miembro de la Academia Nacional de Letras. En la Intendencia de Montevideo, fue director del Servicio de Espectáculos Públicos, presidió la Unidad de Teatros Municipales y luego fue director de la División Promoción de Cultura. Contrajo matrimonio con Esther Saravia y fueron padres de Mariela y Juan Justino da Rosa, quien continuó el oficio de las letras de su progenitor.

A cien años de su nacimiento y para recordarlo, me recibe José María Obaldía en su casa, también olimareño, referente, escritor y narrador oral que ejerció el criollismo desde los mismos recuerdos de un terruño natal por donde transitaron historias y personajes recogidos por ambos escritores.

«Lo más lindo que hay de aquí al pueblo, es el camino —decía Méndez. “Aquí”, era la casa de mis padres y los alrededores. Y era mismo, lo más lindo. Y de las pocas cosas que le alivianaban a uno, el peso de un viaje como aquel, a caballo y solo.»
«Recuerdos de Treinta y Tres: un camino», en revista *Asir*, 1955.

¿Cómo era el Treinta y Tres de aquella infancia y la relación con Julio César da Rosa en esos años?

Julio era campesino y yo me crié en el pueblo. Nos separaban algunos años y del que fui muy amigo, en principio, fue de su hermano menor, Cristino.

¿Cuáles eran las referencias culturales de aquella época para el departamento? ¿Qué material de lectura llegaba?

Es muy curioso; no había canillitas, los diarios se recibían por suscripción. Mi padrino, que vivía a la vuelta de mi casa, era suscriptor de *La Mañana* y la publicación le llegaba por correo. Sin embargo, había una inquietud por la lectura. En mi barrio, que era en una zona muy modesta, con un contexto social humilde, había mucha gente que leía a pesar de que la economía no parecía facilitar el acceso a los libros. En la cuadra de mi casa, por ejemplo, vivía una familia donde tres de los hermanos eran tipógrafos y a mí me contagiaron el gusto por la lectura. Ellos siempre tenían revistas, algunas infantiles como *Tit-Bits* o *El Gorrión* con las que empecé a leer. Después pasamos a los libros, que no sé quiénes los compraban, pero en el barrio aparecían. Había una publicación de novelas policiales semanales, con un personaje que era el detective Sexton Blake, también las novelas de Tarzán. Novelas y revistas argentinas circulaban en Treinta y Tres por aquellos tiempos. Estaba *El Suplemento*, revista que publicó el primer cuento de Serafín J. García, con quien también fuimos amigos. Me dijo alguna vez Serafín que él tuvo la inconsciencia juvenil de saltarse Montevideo, mandando sus cuentos a Buenos Aires; en la capital argentina salían especialmente dos

revistas: *Para Ti* y *El Hogar*, donde publicaban cuentos de Javier de Viana y de Yamandú Rodríguez. Serafín me contaba que tuvo esa audacia de enviar sus relatos hasta que lo publicaron. Me decía que él no quería ser poeta, quería ser narrador pero la repercusión de sus poemas lo hicieron poeta a la fuerza.

Es singular que de Treinta y Tres hayan salido tantos referentes de la cultura atendiendo las costumbres del interior, a primera vista desprendidos de lo que estaba sucediendo en Montevideo donde —salvo excepciones— la literatura predominante colocaba a la ciudad como escenario central, incluso en las obras de autores llegados del interior.

Sí, lo he pensado muchas veces y quizás no tenga explicación. Isabelino Villa, quien estuvo muchos años relacionado con la editorial Banda Oriental —donde tuve siempre mucha gente amiga—, me decía que yo era un exiliado, cuando aún no tenía el peso que tuvo después esa condición. Era porque me pasaba hablando de Treinta y Tres. Y los del mismo pago nos juntábamos en esa época. Siendo Montevideo mucho más pequeña de lo que es ahora, resultaba muy difícil no cruzarse con un paisano. En la Curva de Maroñas vivía Paco Bilbao, quien era amigo mío desde la infancia. Estaba en una casona que le había alquilado su madre para que hiciera sus estudios de abogacía, estudios que un día abandonó. En esa casa nos reuníamos un grupo de treintaitresinos: unos tocaban la guitarra, otros recitaban, otro hacía cuentos y alguno improvisaba una décima. Y todos recordábamos experiencias que habíamos vivido en nuestro departamento, permanecíamos hasta la madrugada sintiéndonos que aún estábamos en Treinta y Tres.

¿En Treinta y Tres ya existían reuniones similares?

Sí, pero por la edad de algunos de nosotros las veíamos en nuestros mayores. Cuando estuvimos en Montevideo, la sensación de ostracismo nos llevó a repetir la experiencia de esas reuniones entre nosotros. Por suerte teníamos esa casa de Paco donde a veces amanezcamos sintiéndonos de nuevo en Treinta y Tres.

«Tropeando, se conoce un camino. El arreo es cosa que obliga a ir sobre la tierra. Por más lejos que vaya la cabeza, a la larga vuelve.

Vuelve como llamada por el compás de la marcha, que marcan los vasos y el pezuñerío. Y que acompañan suavemente, los gritos y chiflidos. Se puede decir que se va viviendo el camino.»

«Recuerdos de Treinta y Tres: un camino», en revista *Asir*, 1955.

¿Cómo fue el encuentro con Julio César da Rosa en Montevideo? Él vino a vivir a la capital antes, en 1939.

Julio era mayor y ya estaba en Montevideo cuando yo me vine. Cierta día me llegó una invitación por medio de Heber Raviolo, fundador de Banda Oriental y con el cual también fuimos muy amigos. Ocurría que, en las reuniones en casa de Paco Bilbao, se me habían ocurrido algunos cuentos, creados por mí o repasando historias que había escuchado en nuestro departamento; algunas oídas en invierno, cuando el frío obligaba a refugiarse en aquellas cocinas amplias, con hornos a leña. Cuando llegué a Montevideo, en las reuniones de Paco, y sobre todo cuando comencé a trabajar como maestro, donde se me planteó la necesidad de contar un cuento en clase, surgieron aquellas historias. Y tuve un buen resultado porque a los chiquilines les gustó aquel primer cuento que tuve que repetir muchas veces ante el pedido de ellos. Percibía que el relato oral generaba un buen clima, se estaba a gusto, se creaba una sensación de bienestar que incluso facilitaba el estudio de otros temas como las matemáticas. Fueron momentos en los cuales advertí que me había traído en la memoria un repertorio enorme de cuentos, y eso me dio el ejercicio de la narrativa oral. Cuando llegó el momento de escribir esas historias, no me costó hacerlo. La invitación que me llegó entonces a través de Raviolo era para un asado en la casa de don Julio, que vivía en La Mondiola. Esto era porque a él le habían llegado comentarios sobre un cuento que hacía yo sobre el descubrimiento de América según Felipe González, un hombre viejo casi analfabeto —«casi», porque según él había sabido de Cristóbal Colón por la maestra en la escuela—. Fue en ese asado donde conocí a don Julio César da Rosa. Luego del asado, de forma muy hábil, don Julio llevó el tema a lo de la narrativa oral y terminé haciendo el cuento del descubrimiento de América según Felipe González. Cuando nos despedimos, de acuerdo a lo que me confesó, supe que tenía un grabador escondido donde había registrado mi relato y su interés en ese relato fue el motivo de la invitación.

Heber Raviolo, tan importante a su vez en la promoción de autores del interior de nuestro país a través de Banda Oriental, fue quien los presentó con Julio C. da Rosa.

Heber Raviolo fue mi primer amigo montevideano cuando me vine a vivir definitivamente a la capital —había estado algunos años de niño—. Y gracias a la invitación que me trajo Raviolo para ese asado fue que comencé la amistad con don Julio.

Eran años donde se gestaron libros muy importantes para nuestra literatura, además de la existencia de numerosas revistas culturales como Alfar, Peloduro, Removedor, Entregas de La Licorne, Asir y Número —por mencionar tan solo algunas—. ¿Se percataban ustedes de la importancia del momento? ¿Entendían que estaban sucediendo acontecimientos literarios trascendentes? Por ese entonces, tenían gran participación en lo cultural, autores que reconocemos —más allá de divergentes opiniones sobre la existencia de un canon común o no— como la Generación del 45 que tuvo a la ciudad como escenario de su narrativa y poesía —con la excepción de Mario Arregui— como un símbolo común.

Sí, nos percatábamos de lo que estaba sucediendo, y a diferencia de la Generación del 45, donde se notaba cierta aversión por todo lo que sucedía desde el arroyo Carrasco hacia afuera, nosotros no sentíamos lo mismo. Por supuesto que aceptamos y felizmente nos gustaron las obras de Mario Benedetti, Idea Vilariño y del resto. Incluso no me explico algunas consideraciones de Arregui sobre el criollismo, que son insólitas en él que era un criollista, en ámbitos y personajes. En las anécdotas, incluso, no hay gran distancia entre Arregui, Morosoli y Julio da Rosa. De ninguna manera sentíamos una distancia con esos otros autores que tenían temáticas ciudadanas; lo que me pasaba en particular, y creo que era el mismo caso con Julio, es que teníamos un caudal afectivo, admirativo que venía del medio en el cual habíamos nacido y nos habíamos criado. Teníamos una admiración muy grande por aquellos personajes que habían quedado en nuestro departamento, algunos analfabetos que habían hecho toda su vida sin el apoyo de los estudios que tuvimos nosotros. Sus aprendizajes habían sido trabajando, arreando vacas, carneando, revoleando lazos, sembrando. Y habían tenido una vida completa, por sí mismos, con hijos, cumpliendo con la existencia cabalmente. Incluso logrando que algunos de sus hijos tuvieran estudios y profesiones. Entonces uno piensa en esos personajes y no quiere escribir otra cosa que no los tenga como ejes.

«Insiste usted sobre el hombre y el paisaje. Yo creo, sinceramente, que pocas cosas de tanto valor se han descubierto entre nosotros. Valor universal. Seguro que “todo paisaje tiene algo de los hombres que lo caminan”. Y que el paisaje le camina al hombre, alma adentro. Y que hombre y paisaje son a veces la misma cosa, que es ese mismo andar como atados por el mismo destino de la fatalidad.»

Carta de Julio C. da Rosa a Juan José Morosoli, 1950.

¿Cómo era Julio César da Rosa?

Era un hombre muy expansivo, sociable, con gran sensibilidad por todo esto de lo que estamos hablando. Donde alguien refriera a algún aspecto del interior de nuestro país, de nuestros pueblos y campaña, enseguida se le encendía la conversación; en Julio se conseguía de inmediato un aliado para esos temas. Además, donde percibiera en el interlocutor un caudal de memoria, se le notaba la apetencia por abreviar de ese caudal. Se daban esas charlas informales, pero con la presencia de la tibieza en el recuerdo de su pueblo.

¿Cómo fue su inserción en la cultura de la época?

Él entró y fue parte de todo ese ambiente cultural con su mundo creativo. Hubo una circunstancia muy interesante que me transmitió y sobre la que conversamos en varias oportunidades. Me dijo que había comenzado a escribir desde muy joven, de forma espontánea, y que tenía un montón de relatos hasta que un día se encontró con un cuento de Juan José Morosoli que le provocó regresar a su casa y destruir todo lo que llevaba escrito. Llegó a decirme —y se lo escuché repetido en varias circunstancias— que se consideraba «hijo» de Morosoli. Creo, de todas maneras, que se excedía, porque nadie puede confundir un cuento —los dos de calidad suprema— de Morosoli con uno de Julio da Rosa. Existen muy pocas similitudes entre los relatos de uno y otro, pero lo que había descubierto era que el mundo en el cual había nacido y crecido era material suficiente para sustentar su trabajo creativo en lo literario. A mí me había ocurrido lo mismo de niño con un libro de Pedro Leandro Ipuche, titulado *Fernanda Soto*. Esa serie de relatos breves de Leandro Ipuche tenían como protagonista a una mujer de Treinta y Tres que sentí cercana cuando lo leí en la escuela; relata en un momento el autor, que la protagonista tenía una bombilla que le había regalado el héroe Lavalleja, y la usaba para soplar tripas y hacer chorizos. Ese libro me deslumbró porque los que había leído con anterioridad —ya estaba

en 2.^{do}— no tenían historias como esas. Jamás había pensado que la iglesia que veía a diario pudiera ser parte de un libro de relatos. Seguramente a don Julio le pasó lo mismo cuando leyó a Morosoli.

Muchos de los protagonistas de la cultura en esos años tenían un relacionamiento con el batllismo. Parto de la amistad de Juan Carlos Onetti con Luis Batlle Berres —a quien le dedicó El Astillero— y podría repasar otros nombres incluyendo el del propio Julio da Rosa, que llegó a ser diputado por el Partido Colorado entre 1963 y 1966.

Me atrevería a decir que la ideología política de Julio era como la de muchos de nuestros paisanos, una herencia del medio y de la familia. Posiblemente todo el contenido del pensamiento batllista lo conoció a posteriori, pero fue colorado primero. Seguramente fue así, aunque nunca hablamos del tema; en su obra no aparece de forma explícita su ideología. Es lógico que todo lo que se habla del contenido progresista, humanista y revolucionario del batllismo haya estado presente en esa época. Pero en el interior, más que lo ideológico, importaba lo afectivo, la opción estaba relacionada con el nacimiento de los caudillos y lo familiar.

A partir de 1952, con la publicación de Cuesta arriba, se suceden durante las siguientes décadas y con regularidad, las apariciones de varios títulos que construyen la extensa bibliografía de Da Rosa. ¿Cómo eran recibidos por la crítica y los lectores estos libros?

Tuvieron una receptividad muy buena siempre. Obtuvieron un gran éxito porque Julio era un narrador extraordinario. En mi caso trabajé muchos años en cursos para adultos, donde se lee mucho, me tocó trabajar durante un prolongado tiempo en una escuela nocturna de camino Carrasco y Felipe Cardoso, donde había unas fábricas de ladrillos y la escuela cumplía la función de socialización muy importante; los propios programas atendían que fuera así. Hasta se festejaban cumpleaños de alumnos, se creaban situaciones socializantes poderosísimas; en ese tiempo no existía otro lugar donde se pudiera juntar el barrio. Se leía mucho y el libro que más resultado me dio durante esos años fue *Ratos de padre*, de Julio da Rosa. Un libro que siendo el menos treintaitresino, transmite la experiencia de un padre que puede darse en cualquier lado con una calidad comunicativa que resultaba de gran efectividad. Sin recurrir a recuerdos del terruño, *Ratos de padre* conseguía la atención y un gran interés por su potencial literario.

«De allá, no sé de dónde, ya cayendo la noche, regresé a casa. Solito, venía. Silbando y silbando. Y a los manotazos contra aquella cerrazón que se me empozaba en los ojos y me corría por las mejillas.»

Buscabichos, 1970.

En 1970 se publica Buscabichos, con mucho éxito y la atención del autor a lo didáctico.

Fue un gran éxito en el mundo escolar. Ese interés por lo educativo también lo encontramos en el suplemento para niños de *El Día*; recuerdo un cuento sobre la construcción de un rancho que era abiertamente didáctico, donde se aprendía cómo se cortaban los terrones y cómo se preparaba la paja para el techo.

¿Cómo fueron los encuentros con Julio da Rosa durante los siguientes años a aquellas charlas de «exiliados» de Treinta y Tres?

Lo reencontré cuando ingresé a la Academia de Letras. Él ya era académico y fue durante el último año de la presidencia de Arturo Sergio Visca. Lo elegimos a Julio y fue presidente durante un par de períodos. Le daba mucha importancia a la Academia; en esos años conversábamos mucho y por supuesto, estaba presente, de forma frecuente, Treinta y Tres en nuestras charlas. Un tema que repetimos varias veces en nuestros encuentros fue la referencia al que muchos consideran el mejor cuento de Da Rosa: «Hombre flauta». El hombre flauta era un personaje real, popular de Treinta y Tres, que vendía números de lotería, tenía un ojo afectado y dificultades para articular palabras; tomaba caña en gran cantidad. Tocaba la flauta, pero lo hacía en algunas ocasiones: si usted llegaba a un boliche, podía encontrarlo a Ansín (ese era su apellido) a un costado, junto a la barra y con un vaso de caña. No hablaba con nadie, respondía a los saludos y cada tanto tocaba su instrumento. Don Julio escribió sobre este personaje y la primera vez que tratamos el tema, le comenté: «Mire que leí su “Hombre flauta”»; «Quedé corto», respondió. Con esa contestación entendí que inconscientemente yo había pensado igual, ya que todo lo que proyectaba aquel personaje no entraba en un cuento. A mí me ocurrió lo mismo, aquellos personajes de nuestro Treinta y Tres tenían características que hacían imposible abarcarlos todos en un cuento. Tendríamos tanto para decir de aquellos individuos, que por más que a la gente le guste uno de mis relatos, y a mí también me deje satisfecho, sé todo lo que falta para decir y queda afuera del cuento.

Esos personajes que eran parte del folclore de nuestros pueblos del interior han ido desapareciendo.

Al haber vivido tanto tiempo lejos, cuando vuelvo me considero un extranjero, no es el Treinta y Tres de mi infancia y juventud. Recuerdo algo que sucedió cuando trabajé en radio Sarandí, invitado por la doctora Eloisa Galarregui —la conocía mucho porque era judicial, colega y amiga de mi señora—. Ella me propuso la realización de un programa donde Vera Sienra iba a cantar y yo a hacer cuentos. Eso funcionó muy bien y en un momento dejé los cuentos para recurrir directamente a mis recuerdos de Treinta y Tres. En mi pueblo existió algo que se llamó La vaca azul, un lugar que comenzó como un almacencito y luego de ahí salió un cuadro de fútbol, para en definitiva ser un lugar de reunión. Hasta Atahualpa Yupanqui llegó a actuar en La vaca azul y quedó muy contento. En un momento Galarregui tuvo que viajar a Treinta y Tres y cuando regresó me comentó muy decepcionada: «Obaldía, no está La vaca azul de la cual usted habla por radio». Me mostró que llevó bien anotada la dirección del lugar, pero no había encontrado el sitio al cual yo refería, que allí ahora había una fábrica de pastas. «Lo que ocurre —le respondí— es que usted no miró bien». «¡Cómo no voy a mirar bien, Obaldía!», insistía; «No —le dije yo—, lo que pasa es que esos lugares se miran con los ojos cerrados. Usted cierre los ojos y va a ver que aparecen». Eso me pasa cada vez que vuelvo al pueblo; con la casa donde nací, me ocurre, debo cerrar los ojos para verla. A don Julio le pasaba lo mismo, tenía esta misma sensibilidad que es común a quienes tienen cariño por un lugar y se fija indeleblemente en la memoria. Yo cierro los ojos y veo la casa de mi infancia, y veo a mis amigos.

¿Cuál es el legado de Julio da Rosa? ¿Por qué hay que volver a su obra?

Primero porque es una buena literatura, que nos deja satisfechos. Maneja como muy pocos el lenguaje de los personajes de un medio que transita de forma permanente, como creador. Es muy bueno en la rama criollista, muy generoso como escritor. Sus cuentos no muestran más tragedias de las que puede exponer la vida, no hay ninguna artificialidad forzada. Es un narrador honesto que tiene una afectividad por los personajes, velada por momentos, pero que aparece cuando corresponde. Personajes que son admirables y se reflejan como tales.

Estamos frente a la escritura de quien vivió la experiencia relatada y no reproduce «postales», con el grado de artificialidad que esto conllevaría. Es la experiencia tangible.

Sin dudas, eso hace que uno se identifique. Siempre admiré en don Julio su amor por el pago; como me lo dijeron a mí, él también era un «exiliado». Como otro amigo, que se tuvo que venir de Treinta y Tres a trabajar como sereno a Montevideo, y la nostalgia lo llevaba de forma frecuente a ponerse frente a una empresa de ómnibus para ver llegar los viajes desde su pueblo. Pero vivimos en medio de un mundo que tiende a quitarnos ese sentimiento, a alejarnos de esa memoria y no es bueno que desaparezcan nuestras referencias afectivas.

El 10 de noviembre de 2001, falleció Julio César da Rosa, en Montevideo, lejos de las tierras olimareñas que alimentaron su narrativa. Dejó una obra extensa con más de veinte libros publicados que recogen en la memoria individual, una identidad colectiva que necesita revisar lo tangible de nuestra historia y costumbres. El transcurrir del tiempo y la globalización parecen ir desplazando aquellos aspectos originales de algunos rincones del mundo, pero al mirar nuestra génesis, se construye una metáfora con verdades universales sobre la condición humana desde la máxima «pinta tu aldea y pintarás el mundo».

Julio C. da Rosa nos dejó relatos magníficos, algunos de los cuales han alcanzado ese lugar privilegiado del afecto popular, de una lectura que por mérito propio ha ido atravesando generaciones. A cien años de su nacimiento, revisar su obra es comprobar el potencial vigente de una escritura que refleja nuestra afectividad e interpretación del universo, en la desnuda voz de nuestros paisajes y protagonistas cotidianos.

Julio C. da Rosa y Ediciones de la Banda Oriental

Alcides Abella es el director de Banda Oriental. Creada en 1961, tuvo como primer título un libro de Eliseo Salvador Porta y en las siguientes décadas fueron muchos los escritores criollistas publicados. Julio C. da Rosa se convirtió en uno de los narradores más destacados de su catálogo; Abella recuerda el vínculo del autor olimareño con la editorial.

¿Qué significó Julio C. da Rosa para Ediciones de la Banda Oriental?

La narrativa de Da Rosa fue un jalón muy importante en el desarrollo y consolidación de la propuesta editorial de Banda Oriental. Hacia 1965 ya habíamos publicado *El viaje hacia el mar y otros cuentos* de Juan José Morosoli, una narrativa que da cuenta de nuestro campo, los pequeños pueblos y aquellos seres que la habitan. Y como Julio da Rosa transitaba, más allá de la profunda admiración por el minuano, los mismos andariveles, era natural que Banda Oriental acometiera en 1966, la edición de sus *Cuentos completos*.

A partir de entonces, a lo largo de décadas, publicamos sistemáticamente casi toda su obra narrativa que incluye no solo su literatura para adultos, sino también dos notables cuentos para niños: *Buscabichos* y *Gurises y pájaros*.

Y en este 2020, cuando se celebra su centenario, nos encontramos abocados a la reedición de dos novelas cortas, *Rancho amargo* y *Tiempos de negros*, una nueva versión de *Buscabichos* y colaboramos, junto a su familia, en la publicación de la monumental *Mundo chico*.

¿Qué recuerdo personal te dejó Julio C. da Rosa?

Supongo que andaríamos por el 67 o 68 (recién habíamos editado *Cuentos completos*) y compartíamos un asado —«en el piso, a lo gaucho»— junto a su familia. Y en ese instante me quedó grabada su mirada transparente, la risa franca y la particular bonhomía, sinceridad y llaneza que irradiaba este «canario» de Treinta y Tres.

Los tiempos, las décadas que siguieron (complicadas, violentas) solo confirmaron que «don Julio», así lo llamaba, era un lindo compañero de ruta. Y esto no es «moco e' pavo», por cierto.



Junto, entre otros, a los académicos Aníbal Barrios Pintos, Ángel Curotto, María de Montserrat, Luis Bausero, Nieves A. de Larrobla, Adolfo Gelsi Bidart y Arturo Sergio Visca en recepción a la académica española Carmen Conde, circa 1984.



Con Sylvia Lago y Jorge Arbeleche, 1999.